La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 16 de marzo de 1908 — Núm. 1.368

MADONA, cuadro de E. Veith

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros subscriptores una lindísima edición, brillantemente ilustrada por el eximio dibujante Daniel Vierge, de la preciosa novela de Próspero Merimée, COLOMBA, considerada unánimemente por los críticos como la obra más inspirada y genial de este novelador francés. Uno de ellos, M. Sainte-Beuve, después de comparar COLOMBA á la «Electra» de Sófocles llorando á su padre y esperando á Orestes, dice: «Todas las Electras de teatro, los Orestes posteriores, las Clitemnestras de segunda y tercera mano, están, á mi modo de ver, mil y mil veces más distantes de la Electra primera, que esta hija de las montañas, esa pequeña salvaje, que no sabe más que su «Pater.» COLOMBA es más clásica, en el verdadero sentido de la palabra.»

En cuanto á las 63 composiciones de Daniel Vierge, que embellecen la presente edición, baste decir, para hacer su elogio, que, además de ser la obra última del artista sin par, éste visitó para ilustrarla, como Merimée para escribirla, la isla de Córcega, estudiando, como este último, detenidamente el carácter, las costumbres y la indumentaria de sus habitantes.

SUMARIO

Texto. – *La vida contemporánea*, por E. Pardo Bazán. – *La peseta. Cuento*, por Pedro Barrantes. – *Galería de los Uffizi*, colección de auto-retratos de artistas célebres. – *S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona.* – *Paulina Lucca.* – *El rey Eduardo VII en París.* – *Federico Fuentes.* – *Liliana*, poema é ilustraciones de Apeles Mestres. – *Necrología.* – *Problema de ajedrez.* – *Alegre*, novela ilustrada (continuación). – *Medalla conmemorativa de los Sitios de Zaragoza.*

Grabados.— *Madona*, cuadro de E. Veith. – Dibujo de Francisco Sardá que ilustra el cuento *La peseta.* – *Florecilla silvestre*, cuadro de J. Köller. – *La ola humana*, cuadro de Luis Fahrenkrog. – *Galería de los Uffizi*, nueve auto-retratos de artistas célebres. – Diez reproducciones fotográficas sacadas con motivo del último viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Barcelona. – *Liliana adornándose con los presentes de los gnomos.* – *Flott, Nich y Puck escuchan embelesados el canto del ruiseñor*, dibujos de Apeles Mestres. – *Paulina Lucca.* – *París. Viaje de S. M. Eduardo VII de Inglaterra. El embajador inglés Mr. Francisco Bertie saludando al monarca á su llegada á la estación del Norte.* – *Federico Fuentes.* – *Medalla conmemorativa de los Sitios de Zaragoza*, modelada por el escultor Carlos Palao.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No sé por qué se me viene hoy á la pluma hablar un poco de cocina. Sí; de cocina; la cocina es asunto muy importante, como que atañe á la salud, á la higiene, al buen orden y armonía de las facultades y energías físicas que nos sostienen en nuestra azarosa peregrinación por la superficie del planeta. Hoy puede afirmarse que la cocina se reviste de aspecto científico, y que todo médico necesita ser algo cocinero, pues más que jaropes y medicinas se recetan actualmente sistemas de alimentación y condimentos especiales para cada caso y cada paciente.

Desde luego noto que la cocina no es ahora lo que era hace dos ó tres siglos; y no nos remontemos más allá, ni lleguemos á los banquetes romanos, porque sólo pensar en ellos nos produce una sensación de indigestión y de embriaguez abrumadora. Aquel jabalí que se servía y que llevaba dentro un cabrito, el cual á su vez estaba relleno por un cochinillo, y éste por un pavo, y éste por unas gordas codornices, y éstas por unos pajaritos no menos grasientos y orondos, era bárbaro manjar, que sólo repugnancia produciría á nuestros estómagos, más cultos y exquisitos. No diré nada de las grandes lampreas servidas sobre un lecho de hierbas aromáticas, ni de las ostras confitadas en miel, ni de otros extraños condimentos que agradaban á Lúculo y que á la hora presente ya nadie toleraría. En cuanto al abuso de las especias, era entonces mucho mayor que hoy, particularmente el de las especias orientales y meridionales, de las cuales se hacía en Roma exagerado consumo. Verbigracia, el azafrán, desterrado de toda cocina elegante en el siglo XIX, en tiempo de Augusto se gastaba por arrobas. Lo mismo digo de la canela, tan caída en desuso, y del clavo, que aún se emplea, pero tratando de que no se note. En resumen, comían los Césares, los señores del mundo, peor de lo que come un hombre de nuestros días dueño de un regular caudal y con una mediana cocinera burguesa.

En la Edad media la cocina adoleció también de ordinariez, tosquedad y á la vez, de refinamientos infantiles. Empecemos por recordar que se comía con los cinco mandamientos, que los palillos de biznaga llegaron tarde, que las servilletas se ignoraban, que los manteles propiamente dichos tampoco aparecieron hasta el siglo XV, y que limpiarse los dedos después de comer en la rubia cabellera de un paje será muy romántico y pintoresco, pero es sucio, apestoso y repulsivo. La caza traída por el señor á lomos de caballo era la base de los festines feudales; una pierna de corzo ó de venado, liebres y conejos, palomos torcaces y patos silvestres, variaban el *menú*. Cocinar era asar, al menos generalmente. Lo propio sucedía, lo sabemos por Homero, en la época de la guerra de Troya. Sobre la llama activa daba vueltas el medio ternero ó el cuarto de buey, chorreando grasa y jugo, y con la espada, madre del cuchillo de mesa, se cortaban los trozos para cada comensal. Más tarde, la daga vino á llenar este oficio. No podemos comprender cuántos progresos, y qué lentos y graduales, representa una de estas mesas bien servidas, deslumbrantes de blancura, resplandecientes de plata y cristal, con su gracioso toque de flores ó verdura en el centro, donde hoy obsequia á sus amigos la más modesta familia. Los reyes de otros tiempos, pastores de pueblos, conquistadores, á cuya voz temblaban las razas y se estremecían las ciudades, no conocieron, á la hora de reparar sus fuerzas con el sustento diario, sino la ruda cocina que por todo instrumento tiene el asador, y por todo teatro una desnuda mesa de roble, alumbrada con teas de resina.

Poco á poco las exigencias aumentaron, las necesidades aparecieron, el goce se multiplicó, la variedad lisonjeó el paladar, y la cocina se enriqueció cada día con un nuevo plato ó un nuevo chirimbolo. Las cazuelas, almireces, sartenes, ollas, tarteras, cazos, parrillas, moldes, fueron infinitos en número y diversísimos en su forma. Yo quisiera saber dónde y cuándo empezaron á presentarse en las mesas, sorprendiendo, ciertos platos que hoy son pedestres, vulgares y hasta rechazados, por excesivamente conocidos, de un *menú* algo selecto. ¿Quién habrá inventado la salsa de perejil, la salsa de tomate, el arroz con almejas, la sopa de fideos, el besugo asado con ruedas de limón, las natillas, las berenjenas con queso, las sardinas espanilladas, las chuletas empanadas..., y cierro la lista, porque sería interminable? Manjares son bien caseros, bien llanos, y no obstante, Carlomagno y Teodorico se chuparían los dedos de gusto si los hubiesen probado alguna vez. No hay sino leer en Rabelais la gastronomía de Gargantúa, para convencerse de que se adelantó mucho y pronto en materia de guisos y pebres.

Leyendo alguno de esos libros de cocina y repostería que nos han legado los siglos XVII y XVIII, se ve también como quedaban en el arte coquinario de entonces infinitos residuos de barbarie. Los manjares que se servían al rey de España eran plúmbeos, con sazón excesiva, hechos sin esa delicadeza que tuvo su cuna en Francia y que es una forma artística de la sensualidad gastronómica. Ha sido preciso llegar á nuestra edad para que se comprenda que en el comer hay poesía y que lo fino en la mesa es una exigencia imperiosa y lógica de la civilización.

Acercaos á un escaparate de confitero en un pueblo de provincia, donde todavía persiste la tradición de los dulces amazacotados y robustos, que mantienen y no engolosinan. Ved esas yemas recias, cubiertas de un caramelo duro y brillante; esos pasteles espesos, que envuelven una crema pegajosa y densa; esas rosquillas de ingenua construcción, primitivas, desigualmente bañadas en azúcar; esos caramelos mal encamisados; esos bombones de colorido chillón.—Recordad los escaparates de París, los suaves *fondants* y los elegantes bocadillos diminutos de cremas ligeras, de pastas alzadas y aireadas, de yema que se deshace en la boca; eso que no es sino incitación al gusto, nunca una piedra en el estómago, ni recuerdo porfiado de rancias mantecas y de empalagosos almíbares... Toda una transformación de los sentidos va unida á la diferencia que existe entre un maestro confitero de Villaobscura de Abajo, y Siraudin, en la esquina del bulevar...

La misma impresión, de pesantez en lo antiguo y de sencillez complicada en lo moderno, me parece característica de toda la cocina contemporánea al compararla á la de nuestros abuelos.

Una excelente comida no se compone ya de muchos platos, sino á lo sumo de cinco ó seis, y en ellos compensado el manjar fuerte con el ligero, y las carnes con las legumbres...

En mi niñez, creo recordar que todavía no se consideraba que una verdura, una hortaliza, pudiese ser *plato* en convites de ceremonia. Todo se hacía á fuerza de pavos, capones, jamones, perdices, salmones y rodaballos. Aclimatar la legumbre en la mesa española ha sido el triunfo del estilo francés. La fuente colmada de guisantes verdes y tiernos, sobre los cuales se derrite un témpano de manteca de Isigny, sería mirada con soberano desdén por aquellas guisanderas episcopales del siglo XVIII, que atiborraban las aves cebonas con castañas, guindas y nueces, y los pastelones con ostras, chochas, pernil de Granada y torreznos. Y los cardos á la medula, las espinacas hechas puré untuoso, los fondos de alcachofa deshaciéndose de puro cocidos, las enanas coles de Bruselas tan chicas como bombones, no parecerían alimento en aquellas mesas patriarcales presididas por un *cocido* formidable y rematadas por una torta de almendra con cabellera de huevos hilados... Sólo en las colaciones de Cuaresma eran tolerados los vegetales, y aun así se preferían las leguminosas, sólidamente nutritivas—la lenteja, el garbanzo, la habichuela—á estas verdurillas modernas, engaño del hambre y preservativo del reuma y de la gota, por lo que refrescan la sangre y limpian el organismo de herrumbres y toxinas...

Todavía, no obstante, la ciencia protesta de lo recargado de las comidas contemporáneas. De los cinco ó seis platos—consumado, entrada, pescado, asado, fiambre, legumbre—la prudencia aconsejaría suprimir la mitad. Se deposita demasiada ceniza en la chimenea después de la combustión; no se elimina la suficiente, y queda recargado el cuerpo con el exceso de alimento, más venenoso que la escasez. «Comemos más de lo necesario» es lo que se oye repetir y se lee en Revistas técnicas y en libros que vulgarizan los principios higiénicos de la alimentación.

Tales inconvenientes pueden prevenirse bastante al componer el *menú*. Sólo por excepción cabe admitir en él las carnes negras, la caza, el hígado gordo, los despojos, y otros alimentos que seguramente *recargan*. Los embutidos casi están ya proscritos de la cocina racional. Si no tienen picante no tienen gracia, y si pican, son un reguero de pólvora en las venas. El clásico chorizo, que llama á gritos por el zaque y la bota, acabará siendo desterrado de toda compañía de gente que se precie de comer con delicadeza. En efecto, lo ideal es no beber más que agua (mineral, si puede ser) con las comidas, y esos embutidos de brasa quieren los añejos tintos españoles, ó los claros y amarillos Burdeos, para anegar su picor y su densidad magra, seca y fuerte. El trago sigue al bocado, el bocado al trago, y creemos asistir á una escena de novela picaresca, en algún bodegón ahumado, velazqueño, con versos de Baltasar del Alcázar por lema, y aventuras cervantinas por remate.

Yantares eran aquellos muy de varones, de arrieros y trajinantes, de buscadores de vida, de bravos soldados y atezados labriegos; para nosotros esa cocina murió, y murieron los guisos sazonados con ajo y las manos de carnero con almodrote... Privan ahora los sutiles *purés*, las vaporosas *mousses* ó espumas, las gelatinas que concentran la substancia de tanta cosa buena, los helados que recuerdan el sabor de la fruta y suprimen su peso, las guarniciones y salsas —todo lo que disfraza la glotonería y la reboza en golosina, en algo de arte, de gentileza y cortesía, no ya con los invitados, sino consigo mismo.—No caiga nadie en el error de lamentar no haber asistido á festines de emperadores como Nerón y Vitelio. La mejor y más fastuosa cena de Nerón careció de champagne... Con eso sólo está juzgada.

Para terminar esta digresión alimenticia, se me ocurre dar una receta de manjar moderno... No son nidos de salanganas, sesos de fenicóptero, ni otro plato misterioso de tal linaje. Es sencillamente uno de los trescientos modos de cocinar las pechugas de gallina. Se cuecen en caldo, se pasan por tamiz, se les incorpora tres huevos (batidos aparte claras y yemas y luego reunidos) por pechuga, se sazona con algo de sal y pimienta, se agrega alguna manteca y bastante nata, se cuece en cacerola al baño de María, se deja enfriar, se vuelca, se sirve frío y rodeado de galantina. Se llama espuma de ave. Sancho Panza, en las bodas de Camacho el rico, se reiría de estos afeminamientos. Una gallina gorda, de amarilla grasa, ó un ganso lucio, eran las únicas *espumas* que comprendía el andante escudero.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA PESETA, CUENTO DE PEDRO BARRANTES

Dibujo de Francisco Sardá

¿Ve usted esta peseta? Pues esta es la peseta que me dió usted ayer, y que yo conservaré siempre como recuerdo de un hombre bueno

Feliciano era un hombre inmensamente bueno. Honrado, fiel cumplidor de su deber y altruista como no he conocido otro, cifraba su anhelo en hacer el bien, como lo hacen los justos, sin esperar recompensa ni gratitud, sino por el placer de hacerlo.

Además de ser bueno por temperamento, este joven excepcional—Feliciano era joven, pues sólo contaba treinta años—tenía una razón poderosa para no ser malo. Justificaba su nombre.

Feliciano poseía una fortuna. Disfrutaba de una salud admirable. Desde el alba de la existencia, la suerte se le había mostrado propicia. Habían prosperado cuantos negocios emprendiera. Todo le había sonreído. A los veintiocho años contrajo matrimonio con una señorita bella, virtuosa y tan rica como él, que le adoraba. Era padre de dos preciosos niños, dos arcángeles amables y blondos que constituían su tesoro. No es, pues, extraño que teniendo en cuenta su cualidad innata, y rodeado de todas estas venturas, el protagonista de mi narración fuera más que bueno, inmensamente bueno, como he dicho al principio.

Yendo un día Feliciano por la calle, vió que por la misma acera, y en dirección opuesta, avanzaba un hombre cuyo aspecto le llamó la atención.

Aquel hombre era alto, enjuto, cenceño. Representaba de cincuenta á cincuenta y cinco años. Tenía la barba gris, los ojos penetrantes, la frente espaciosa. Llevaba un traje de pana muy raído, unas botas de campo muy usadas, la camisa flexible, el cuello sin corbata, y cubría su cabeza un viejísimo sombrero de fieltro. En toda su figura había un aire de distinción que demostraba que aquel hombre no era un vulgar.

Detúvose Feliciano y se quedó contemplando á aquel hombre. Luego echó á andar detrás de él.

La marcha del desconocido era lenta, y su camino no debía de tener rumbo fijo, puesto que algunas veces se detenía como dudando por donde había de continuar.

Feliciano pensó: «Sin duda es un caballero que está en la miseria. De buena gana le ofrecería algo, pero no me atrevo,» y siguió detrás del desconocido.

Así atravesaron varias calles, hasta que por fin, decidiéndose Feliciano, avanzó resueltamente, y poniéndose delante del hombre, le dijo:

—Perdone usted, señor. ¿Me haría usted el obsequio de admitir esto?

Y le alargaba una peseta.

Levantó la cabeza el incógnito personaje, clavó en Feliciano su mirada profunda, desplegó una sonrisa, y extendiendo la mano tomó la moneda, mientras decía:

—Muchas gracias, joven.

—¿Dónde vive usted?, le preguntó Feliciano.

—En la calle del Mar, número 4. Mi nombre es Lorenzo Luna.

Y el hombre del sombrero de fieltro saludó y siguió su camino.

Feliciano quedó perplejo. «¡En la calle del Mar!, se dijo. Es extraño. La calle del Mar es una vía nueva formada toda de casas magníficas. No lo entiendo. Es posible que ese desgraciado esté recogido en casa de algún amigo. Sí. Así debe de ser sin duda. De otra manera no me explico que viva en la calle del Mar.»

Durante todo el día no cesó de perseguirle el recuerdo del misterioso personaje. A la mañana siguiente, un indomeñable impulso de curiosidad le arrastró hacia la calle del Mar. La casa señalada con el número 4 era una hermosa finca.

Feliciano se detuvo un momento delante de la puerta, y entró.

—No sé si vendré equivocado, le dijo á la portera. ¿Usted sabe si vive aquí Lorenzo Luna?

—Es el dueño de la casa, contestó la portera.

—¿Cómo?, preguntó estupefacto Feliciano, creyendo haber oído mal.

—Que D. Lorenzo Luna es el dueño de la casa, y vive en el principal derecha.

El asombro había dejado mudo á Feliciano que, sin dar las gracias á la portera, empezó á subir la escalinata de mármol.

Llamó, y salió á abrir un criado.

—¿Está el Sr. Luna?, preguntó Feliciano.

—Sí, señor. Pase usted, contestó el criado.

El criado condujo á Feliciano hasta una espaciosa sala, lujosamente decorada.

—¿A quién anuncio?, preguntó.

—El señor no conoce mi nombre.

El criado desapareció y á los pocos momentos se destacó en el dintel de la puerta la distinguida figura de Lorenzo Luna.

—Amigo mío, dijo extendiendo la mano á Feliciano y sonriendo al notar la sorpresa que se reflejaba en el semblante del joven. Tengo un verdadero gusto en verle por esta casa, que es la de usted. Adivino su asombro, que es muy natural, pero yo soy un filósofo, y de aquí la abierta oposición entre mi indumentaria y la casa en que vivo y el capital de diez millones que poseo. Yo voy muy á gusto y muy cómodo con mi viejo traje de pana, mis botas de campo y mi sombrero de fieltro. Me río de las conveniencias sociales, y crea usted que el día que para asistir á algún acto oficial tengo que ponerme la levita, es un día horrible para mí. Ahora tenga usted la bondad de pasar á mi despacho, que voy á enseñar á usted un objeto curioso.

Ya en el despacho, tomó Lorenzo una cajita de cristal que estaba encima de la mesa, la abrió y sacó de ella una peseta.

—¿Ve usted esta peseta? Pues esta es la peseta que me dió usted ayer, y que yo conservaré siempre como recuerdo de un hombre bueno. Esta casa y todo lo que ella encierra pertenece á usted, y si algún día la fortuna le fuese adversa, aquí tiene usted á Lorenzo Luna para todo, absolutamente para todo lo que usted necesite.

Desde aquel día Lorenzo Luna es el mejor amigo de Feliciano.

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

XI

Antonio Ciseri.—Nació en Lucarno en 1821 y murió en Florencia en 1890. En la antigua capital de la Toscana completó sus estudios y en ella se estableció, alcanzando merecida fama por sus cuadros de carácter histórico y religioso, que figuran en colecciones importantes y en las iglesias de Italia. Un buen número de artistas florentinos contemporáneos fueron sus discípulos.

Miguel Rapisardi.—Nació en Cattanisetta en 1822 y murió en 1886. Fué este artista uno de los pintores sicilianos que más lograron singularizarse, siendo muy estimados sus cuadros históricos. También se distinguió en las composiciones alegóricas, decorando algunos edificios, cuyas obras son hoy justamente celebradas.

Esteban Ussi.—Nació en Florencia en 1822 y murió en la misma ciudad en 1901. Formó parte del grupo de pintores florentinos que fueron representantes del arte moderno. Además del auto-retrato que publicamos, hemos de mencionar el cuadro que se conserva en la Real Galería Antigua y Moderna de dicha ciudad, titulado *Gualtero, duque de Atenas, es arrojado de Florencia.*

Alejandro Cabanel.—Nació en Montpellier en 1823 y murió en 1889. Recibió la enseñanza artística del pintor Picot, dándose á conocer ventajosamente en el Salón de París de 1844 por medio de su cuadro representando la *Agonía de Cristo en el monte Olivete.* Al siguiente año fué premiado por su nueva obra *Jesús en el Pretorio,* obteniendo una pensión en Roma. De regreso en París, pintó los cuadros *San Juan* y la *Muerte de Jesús,* así como las representaciones alegóricas de los doce meses para la Casa Ayuntamiento de París.

Domingo Morelli.—Nació en Nápoles en 1823 y murió en la misma ciudad en 1901. Hijo de un obrero, quedó huérfano á los quince años, y aunque su madre le destinaba al sacerdocio, la lectura de las obras de Manzoni y de Byron despertaron en su ánimo la vocación de artista, decidiéndose á ingresar en la Escuela de Bellas Artes. El rutinarismo de la enseñanza académica, que limitaba sus impulsos, fué la causa que le decidió á trasladarse á Roma, en donde expuso una *Madona.* A esta obra siguió la titulada *Los amores de los ángeles* y otras más, que afirmaron su propósito de no someterse á otro yugo que al del sentimiento. De regreso en su ciudad natal, tomó parte activa en la lucha, siendo herido y hecho prisionero. Al recobrar la salud y la libertad volvió á entregarse á la pintura, obteniendo un premio con su cuadro *Godofredo y el ángel Gabriel.*

Morelli fué uno de los grandes pintores del espíritu cristiano en Italia. Basta recordar sus cuadros *Las tentaciones de San Antonio, La hija de Jairo, Cristo muerto,* etc., para comprender que utilizó las tradiciones del cristianismo para propagar el pensamiento humano con el sentimiento del poeta. Sus obras tienen un sello de originalidad, distinguiéndose también como notable colorista.

Pedro Puvis de Chavannes.—Nació en Lyón en 1824 y murió en 1898. Fué discípulo de Scheffer y de Couture, consagrándose especialmente á la pintura mural y decorativa, obteniendo varias recompensas en el Salón de París y la cruz de la Legión de Honor. En 1861 exhibió sus obras tituladas *Concordia* y *Bellum,* vastas pinturas simbólicas, á las que siguieron las tituladas *El Trabajo* y *El Descanso.*

Julio Bretón.—Nació en Courrieres (Francia) en 1827 y murió en 1906. Tuvo por maestros á Félix de Vigue y Drolling, presentando en el Salón de París de 1849 su primer cuadro titulado *Miseria y desesperación.* En el siguiente certamen obtuvo una medalla por la *Bendición de los campos,* que además de la recompensa que se le concedió, fué adquirido por el Estado y figura en el Museo del Luxemburgo. Estos triunfos estimularon su actividad, puesto que sus nuevas producciones, que llamaron justamente la atención de los inteligentes, le reportaron un elevado concepto y el calificativo de maestro de la escuela moderna. Supo reproducir con caracteres de grandeza las escenas y cuadros de la vida rústica.

John Everette Millais.—Nació en Southampton en 1829 y murió en 1896. Estudió en la Academia Real de Londres, dándose pronto á conocer, ya que cuando apenas contaba diez y ocho años se le concedió una medalla de oro por su cuadro titulado *Los Benjamitas,* pintando, poco tiempo después, *La reina Elgina* y *El dinero de la viuda.* Enemigo de las tradiciones académicas, convirtióse en el portaestandarte del grupo de los artistas reformadores, prerrafaelistas. Consecuente con los nuevos ideales, continuó la labor comenzada, siendo de ello evidente muestra sus obras *Fernando y Ariel, La infancia de Jesús, Mariana, La fiesta del circo, Episodio de la San Bartolomé, El realista proscrito,* etc., y un hermoso retrato de Ruskin.

Federico Leighton.—Nació en Scarlorough en 1830 y murió en 1896. Comenzó sus estudios de pintura en Roma, ingresando después en la Academia de Berlín. Continuó practicándose en Francfort, Bruselas y París. Entre sus mejores producciones merecen citarse las tituladas *Miguel Angel cuidando á su servidor moribundo, El triunfo de la música, Una madre romana, La plegaria de una viuda, La lección de música, Venus bañándose, Andrómaca cautiva, El sermón de la montaña,* etc. También se le debe una hermosa escultura que representa á un *Atleta luchando con un pitón.*—Z.

Florecilla silvestre, cuadro de J. Köhler.
(Exposición de la Asociación de Artistas de Viena.)

La ola humana, cuadro de Luis Fahrenkrog

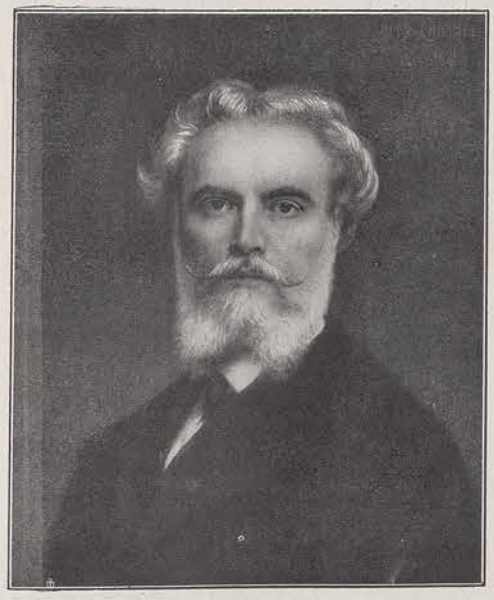
GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

Antonio Ciseri, suizo (1821-1890)

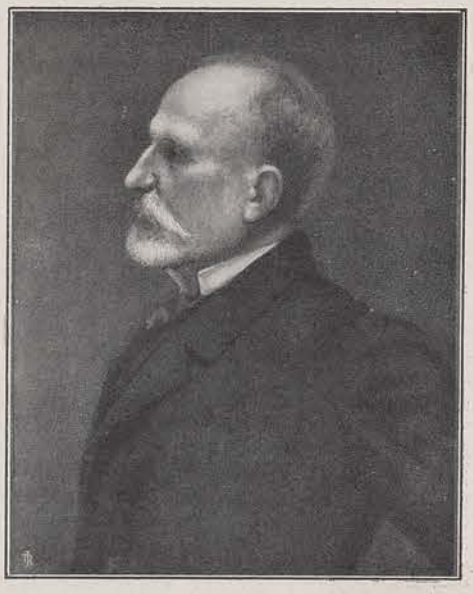
Miguel Rapisardi, italiano (1822-1866)

Esteban Ussi, italiano (1822-1901)



Alejandro Cabanel, francés (1823-1889)

Domenico Morelli, italiano (1823-1901)



Puvis de Chavannes, francés (1824-1898)

Julio Breton, francés (1827-1906)

John Everette Millais, inglés (1829-1896)

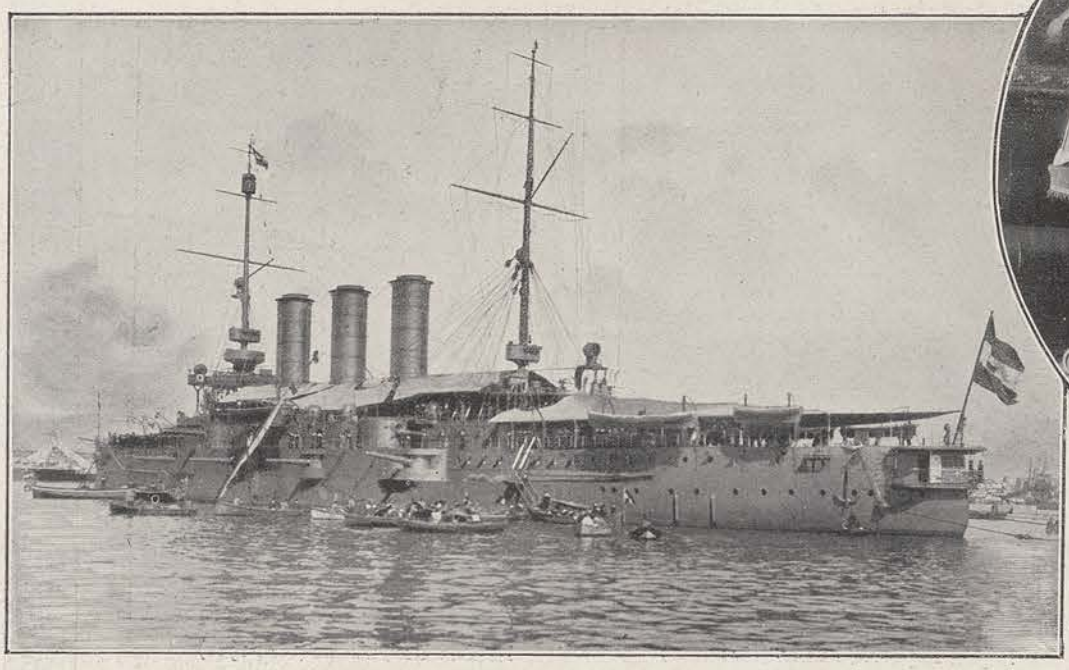
Federico Leighton, inglés (1830-1896)

LÁMINA 11.ª—DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII EN BARCELONA

Información fotográfica de A. Merletti

Pocas veces se había fantaseado tanto como ahora á propósito de un viaje de S. M. Una parte de la prensa y de los políticos madrileños calificaban de temerario ó cuando menos de inoportuno el de ahora, y hablaban de posibles riesgos ó de situaciones á que el gobierno no debía exponer al monarca. En cambio, aquí en Barcelona, nadie temía que ocurriese ningún incidente desagradable y todo el mundo estaba persuadido de que nuestra capital recibiría al rey con todo el respeto que es debido al jefe del Estado y que no faltarían en el recibimiento demostraciones de cariño y de entusiasmo.



Barcelona.—El buque almirante «Erzherzog Karl» de la escuadra austriaca que ha sido visitada por S. M. el rey D. Alfonso XIII

El almirante de la escuadra austriaca **Luciano von Ziegler** en su camarote del acorazado *Erzherzog Karl*

La realidad ha venido á dar la razón á los optimistas, si es que tal nombre merecen los que ajustaban su criterio á lo que la razón y la experiencia permitían de antemano asegurar. D. Alfonso XIII ha visitado una vez más Barcelona y Barcelona ha acogido una vez más con simpatía y una vez más ha aclamado al joven soberano.

Como el motivo del viaje ha sido, así se ha dicho oficialmente, el deseo del rey de hacer una visita de cortesía á la escuadra austriaca, antes de reseñar la estancia de S. M. en nuestra capital diremos algo acerca de dicha escuadra, que llegó á este puerto el día 9 de los corrientes.

Compónese ésta de los acorazados *Erzherzog Karl*, *Erzherzog Friedrich* y *Erzherzog Ferdinand-Max* y de los cazatorpederos *Uskoke* y *Scharfschutze;* los tres primeros desplazan 16.000 toneladas, fueron botados al agua en 1906 el primero y en 1907 los dos últimos, llevan cada uno cuatro piezas de 24 centímetros, doce de 19, catorce de 7 y doce ametralladoras, están dotados de máquinas que desarrollan una fuerza de 14.000 caballos, tienen un andar de 20 millas y sus tripulaciones constan de 803, 717 y 745 hombres respectivamente. Los cazatorpederos son también de reciente construcción, con todos los adelantos y medios de ataque y de defensa conocidos en esta clase de embarcaciones, desplazan 390 toneladas, tienen un andar de 30 millas y llevan 66 tripulantes.

Manda la escuadra el contraalmirante Luciano von Ziegler, cuya insignia arbola el *Erzherzog Karl*.

Y ahora hablemos de la llegada y estancia de S. M. en Barcelona en los días 10 y 11 de los corrientes.

Desde las primeras horas de la mañana reinaba inusitada animación en las calles por donde había de pasar la regia comitiva y la mayoría de cuyas casas ostentaban colgaduras.

Paso de la regia comitiva por el Paseo de Gracia. (De fotografía de Castellá.)

Grupo de estudiantes aclamando á S. M.

Mientras, formaban las tropas y reuníanse en el apeadero del paseo de Gracia las autoridades, las representaciones de las corporaciones oficiales y particulares, el cuerpo consular y cuantas personas por sus funciones, por sus cargos ó por su posición tenían allí su puesto.

A las nueve llegó el tren que conducía á S. M., á quien acompañaban el presidente del Consejo de Ministros señor Maura y el ministro de Marina Sr. Ferrándiz; el monarca, al apearse del tren, fué saludado con vivas y aclamaciones, que se reprodujeron aún con más entusiasmo al aparecer en el paseo. Subió D. Alfonso XIII á un *landeau* á la gran Daumond y tomaron asiento á su izquierda el Sr. Maura y enfrente el alcalde Sr. Sanllehy y el duque de Sotomayor. La comitiva, que era larga y brillante, se dirigió por el paseo de Gracia, plaza de Cataluña, en donde estaban formados en dos filas cincuenta automóviles, Ramblas, Dormitorio de San Francisco y calle Ancha, á la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, en donde se cantó un solemne *Tedéum*, después del cual S. M. subió al camarín para adorar á la Virgen.

Terminada la ceremonia religiosa, dirigióse el rey á la Capitanía general, en donde se alojaba, y desde allí presenció el desfile de las tropas, detrás de las cuales desfilaron también gran número de automóviles, que constituían una nota en extremo pintoresca.

Poco antes de las doce, S. M., en el mismo coche á la gran Daumond, salió de la Capitanía general para inaugurar las obras de la reforma interior de Barcelona.

En la calle de la Reina Regente, en donde debía efectuarse este acto, se habían levantado varias tribunas que se hallaban totalmente llenas; el espacio destinado al público estaba ocupado por una multitud inmensa, ansiosa no sólo de ver al monarca, sino también de presenciar el comienzo de una obra importantísima, de vital interés para nuestra ciudad, reforma que parecía un sueño, por lo grandioso del plan y las grandes dificultades de su ejecución, y cuya realización, al marcar una fecha inolvidable para Barcelona, demuestra hasta dónde llegan sus energías, su perseverancia y sus deseos de ponerse á la altura de las más hermosas urbes europeas.

Subió el rey á la tribuna regia, elegantemente adornada y en la que se habían situado las autoridades, corporaciones, senadores, diputados y demás elementos oficiales y palatinos, y principió la ceremonia.

Después de la lectura de los principales acuerdos referentes á la reforma, el alcalde pronunció un breve y sentido discurso dando las gracias á S. M. por haberse dignado honrar con su presencia aquel acto de capital trascendencia para Barcelona, enalteciendo la obra que iba á inaugurarse y á cuantos á ella han contribuído y expresando su confianza de que á esa primera vía seguirán las otras proyectadas. Contestó el señor Maura, asociándose gustoso, en nombre del rey, á aquella

Llegada de S. M. al lugar destinado á la inauguración de las obras de la reforma interior de Barcelona

hermosa fiesta y manifestando el orgullo y la simpatía que siempre le había inspirado Barcelona, de la cual dijo que, repleta de vida, necesitaba expansionarse en busca de su progreso y de su prosperidad.

Descendió luego el monarca de la tribuna y dirigióse hacia la casa primera que debía ser derribada y en la cual campeaba un lienzo con la inscripción «Calle de la Reina Regente.»

S. M. almorzó en la Capitanía y por la tarde recibió en corte, habiendo asistido á la recepción todo el elemento oficial, la nobleza y gran número de importantes personalidades particulares.

Por la noche asistió S. M. á la función de gala del Liceo. De la magnificencia de esta fiesta es imposible que se forme idea quien á ella no haya asistido. No hay palabras para describir el aspecto deslumbrador del teatro, totalmente ocupado por la más escogida concurrencia; las suntuosas *toilettes* de las señoras, la riqueza de las joyas con que éstas se adornaban, los vistosos uniformes, los severos fracs, formaban un conjunto indescriptible en el inmenso salón de nuestro hermoso coliseo. D. Alfonso XIII, cuya aparición en el palco regio fué saludada con una ovación estruendosa que se prolongó durante algunos minutos, pudo presenciar un espectáculo que no vacilamos en calificar de uno de los más grandiosos que habrá contemplado en su vida.

El programa de la función corrió á cargo de la Asociación Musical de Barcelona, dirigida por el maestro Sr. Lamothe de Grignón, y consistió en un concierto cuyo programa componíase de varias piezas de Grieg, Saint-Saens, Glauzunow y Wágner, que fueron perfectamente ejecutadas.

En uno de los entreactos visitó S. M. los salones del aristocrático Círculo del Liceo, en donde fué objeto de nuevas y calurosas ovaciones.

A las diez de la mañana siguiente visitó S. M. el local en donde estuvo establecida la fábrica de Batlló y Batlló y en el que ha de establecerse la Universidad Industrial de Barcelona. Desde mucho antes habíase reunido en la gran sala destinada á la celebración del acto un numeroso gentío que aclamó al monarca. Ocupó éste el trono dispuesto en el estrado presidencial, pronunció D. Luis Ferrer y Vidal, presidente de la Junta de patronato, un discurso explicando la importancia del establecimiento que ha de crearse, el secretario D. Augusto de Rull leyó una Memoria reseñando los trabajos de fundación de la Universidad, y el Sr. Maura contestó al discurso y á la memoria declarando que el gobierno está dispuesto á cooperar á que la nueva institución tenga vida vigorosa.

D. Alfonso XIII, después de recorrer el edificio, se dirigió á la Capitanía general, embarcándose luego para hacer la visita oficial á la escuadra austriaca.

De este acto, así como de la visita al cuartel de Atarazanas y de la salida de S. M. para Madrid, nos ocupamos en las páginas 198 y 199. – T.

Tribuna regia levantada para la inauguración de las obras de la reforma

En los extremos había dos plafones adornados con laurel, en los que se leían los nombres de «Cerdá» y «Baixeras,» autores de los planes de la reforma de la ciudad.

El monarca, con un artístico pico con incrustaciones de oro, en el que se leía «Reforma de Barcelona inaugurada por Su Majestad el rey D. Alfonso XIII – 10 marzo 1908,» dió el primer golpe en la piedra previamente designada, quedando con ello solemnemente comenzadas las obras.

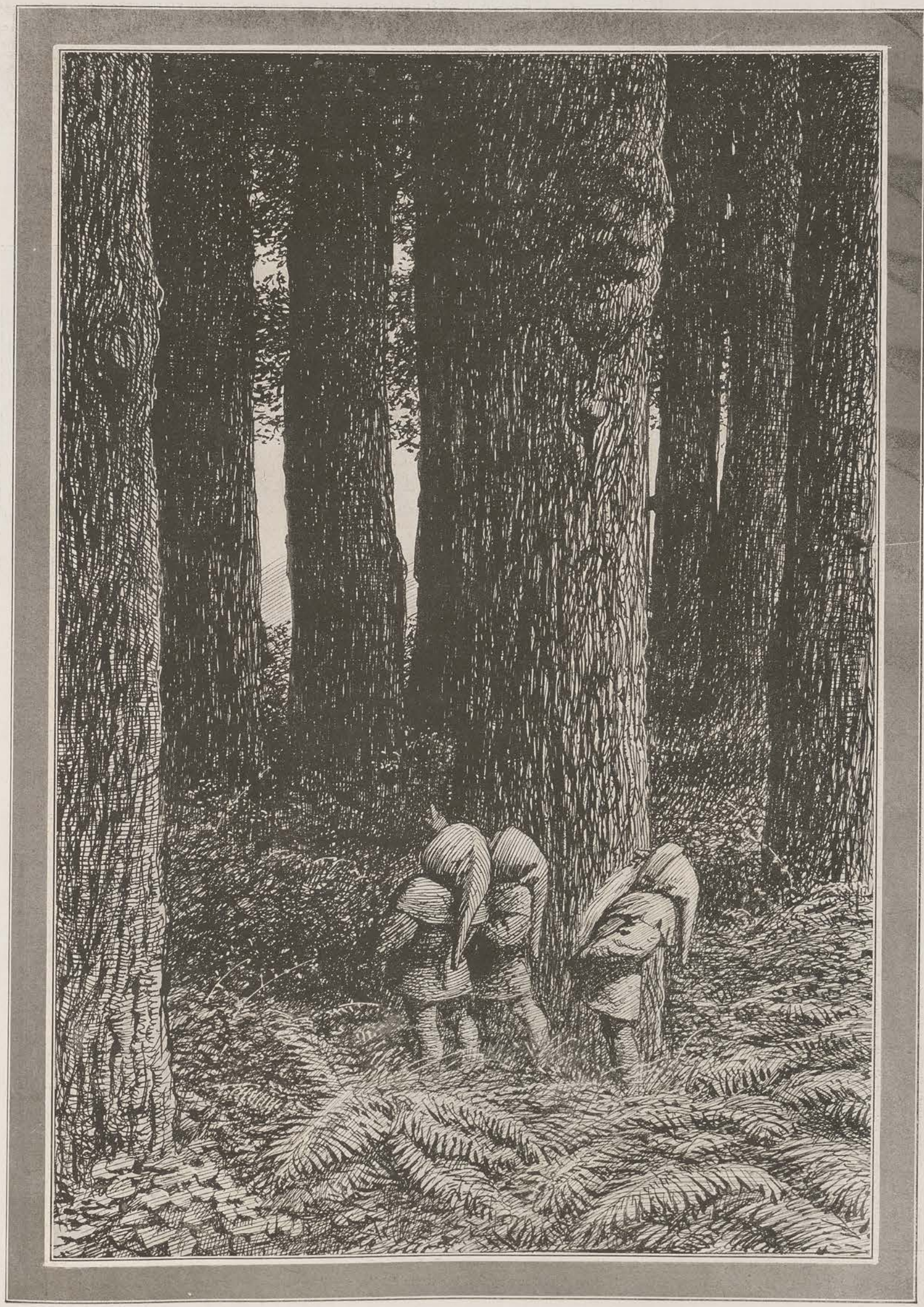
Terminada esta ceremonia, desfilaron por delante de la tribuna regia dos carros caprichosamente adornados, tirados por seis magníficos caballos y conducidos por carreteros vestidos con el típico traje de trajinante catalán, en los cuales eran llevadas las herramientas de las brigadas, que acto seguido comenzaron el derribo de las demás casas.

Su Ema. Rdma. el cardenal Casañas bendijo las obras y S. M. puso su firma en el acta, extendida en artístico pergamino, y que firmaron también las demás personas presentes.

Primera casa que ha de derribarse y en la que se efectuó la ceremonia de hacer caer S. M. una piedra, inaugurando así las obras

LILIANA ADORNÁNDOSE CON LOS PRESENTES DE LOS GNOMOS,

dibujo de Apeles Mestres que ilustra su poema «Liliana.»



FLOTT, NICH Y PUCK ESCUCHAN EMBELESADOS EL CANTO DEL RUISEÑOR,

dibujo de Apeles Mestres que ilustra su poema «Liliana.»

PAULINA LUCCA

En Viena, en donde había nacido en 1841, ha fallecido esa artista eminente que fué una de las estrellas de primera magnitud en el arte lírico del siglo pasado. Allí recibió sus primeras lecciones de canto de los profesores Uffmann y Levy y á los 16 años hubo de entrar, para ganarse el sustento, en el coro del teatro imperial de la Ópera de aquella capital; pero dos años después fué contratada como tiple en Olmutz, luego en Praga y finalmente, en 1861 en la Ópera Real de Berlín, en donde, durante ocho meses, acabó de perfeccionarse bajo la dirección de Meyerbeer, no tardando en ser la artista predilecta del público. Rápidamente fué extendiéndose su fama por

Paulina Lucca,
célebre cantante fallecida en Viena en 28 de febrero último
(De fotografía.)

toda Alemania y por Europa y América, en cuyos principales teatros alcanzó los más ruidosos triunfos.

En 1868 casóse con el barón de Rhaden, oficial del ejército prusiano, de quien se divorció en 1873, casándose poco después en los Estados Unidos con Mr. Wallhofen. Al morir éste en 1899, Paulina Lucca se retiró definitivamente de la escena.

Sus principales creaciones fueron la Zerlina, de *Don Juan*, y el Querubín, de *Las bodas de Fígaro*, de Mozart; la Selika de *La Africana* y la Valentina de *Los Hugonotes*, de Meyerbeer; la Margarita de *Fausto*, de Gounod; y la Carmen de la ópera del mismo nombre de Bizet.

El eminente músico Bulow, hablando de ella, escribía en 1861, es decir en los comienzos de su carrera, lo siguiente: «Por sistema no voy al teatro; pero últimamente he hecho una excepción de esta regla general para oir á nuestro ruiseñor bohemio, la señorita Lucca. Es de figura pequeña, ingenua, juvenil; está dotada de una voz magnífica y tiene pasión é inteligencia, aunque le falta aprender mucho, una frescura de timbre extraordinaria y hace verdadero derroche de su potencia vocal. Posee además talento dramático, de suerte que, á pesar de su baja estatura, sabe elevarse al furor patético sin resultar ridícula.»

Pocos años después, Paulina Lucca era, como hemos dicho, una de las más grandes artistas líricas de su tiempo.

EL REY EDUARDO VII EN PARÍS

De incógnito, con el título de duque de Lancáster, ha permanecido dos días en la capital de Francia el rey de Inglaterra. La circunstancia indicada hizo que sólo fuese recibido á su llegada, en la tarde del día 5, por el embajador sir Francisco Bertie y el consejero de la embajada Mr. Reginaldo Lister; pero no impidió que la multitud que llenaba las inmediaciones de la estación del Norte y las calles del trayecto que debía recorrer el monarca tributara á éste una ovación tan cariñosa como entusiasta.

S. M. se hospedó en el Hotel Brístol, en donde pasó la velada en compañía del embajador, del consejero Lister y de las personas de su séquito, que son su ayudante el coronel Davidson, su secretario particular John Ward y su médico sir James Reid.

A la mañana siguiente, visitó el taller del famoso escultor Rodin, comió luego en el hotel con los Sres. Clemenceau y Pichón, ministro de Negocios Extranjeros, y por la tarde fué á visitar al Presidente de la República. Después estuvo en la embajada inglesa, tomó el te en el palacio de los duques de Mouchy y por la noche ofreció, en la embajada, un banquete á un corto número de personas de la aristocracia francesa.

Al otro día salió para Biarritz.

FEDERICO FUENTES

Este popular actor, fallecido hace pocos días, fué uno de los fundadores del teatro catalán. En 1866 debutó en el Odeón, formando parte de aquel grupo de aficionados que componían la genial Soler, el eminente Fontova, Clusellas, Cazurro, Goula y otros no menos notables y que, andando el tiempo, había de constituir la excelente compañía de Romea que dió vida y esplendor al teatro creado por el inolvidable Pitarra.

Fuentes puso en el ejercicio de su profesión todo su talento, que era mucho, y todo su entusiasmo, que aun sobrepujaba á su talento, y supo interpretar de un modo admirable los personajes concebidos por nuestros principales dramaturgos, caracterizándolos de una manera original, representándolos con gran *amore* y haciendo de muchos de ellos verdaderas creaciones.

Su especialidad eran los papeles de galán joven y cómico en los que no tenía rival; en ellos se ha hecho aplaudir hasta en los últimos días de su vida, y téngase en cuenta que ha muerto á la edad de 65 años. Cualquiera que ignorase esta circunstancia, habríalo tomado, al verle en escena, por un muchacho; tanta viveza y tanta soltura había en sus movimientos.

La muerte de Fuentes es una gran pérdida para el teatro catalán. En muchas obras será difícilmente reemplazado.

¡Descanse en paz!

LILIANA,

POEMA É ILUSTRACIONES DE APELES MESTRES

Alguien dijo acertadamente, refiriéndose á Apeles Mestres, *que es un poeta que dibuja magistralmente* y nosotros agregamos, completando el concepto, que es un meritísimo artista y un admirable cantor de la naturaleza. *Liliana*, el delicado y sentido poema que acaba de publicar, ha de estimarse como su obra maestra, la más hermosa, aquella en que de modo más completo se manifiesta la ternura de su espíritu enamorado siempre de todo lo noble y delicado, dispuesto de continuo á extasiarse ante los encantos de la naturaleza, ante todo lo que eleva el pensamiento y enaltece la sensación. Sólo el poeta, sólo el creador de *Liliana* podía ilustrar la obra, únicamente él podía representar plásticamente sus dulces cantos y preciso es convenir que sus excelentes dibujos están en perfecta armonía con la obra. Trazados con firmeza, con la seguridad y valentía de quien ha logrado singularizarse, son otra muestra, otra justificación del concepto de maestría, que, según decimos al principio, le asignaron hace algunos años.

Plácemes al poeta y al artista y con ellos el ferviente deseo de que se sostengan sus energías é inteligencia, para producir otras obras de igual índole, en bien de las letras y del arte de nuestro país.

París.—Viaje de S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra
El embajador inglés Mr. Francisco Bertie saludando al monarca á su llegada á la estación del Norte
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

Necrología.—Han fallecido:

D. Antonio Aulestia y Pijoán, notable literato é historiador catalán, uno de los que más contribuyeron al renacimiento literario y político de Cataluña, autor de muchas y muy notables obras, entre las cuales merecen ser especialmente mencionadas *Barcelona, resenya histórica*, y sobre todo su importante *Historia de Cataluña*.

Roberto Stigell, notable escultor finlandés.

Felipe Carlos Zulkowski, físico austriaco, profesor de la Escuela superior técnica de Praga.

Andrés Groll, pintor de historia y retratista austriaco, profesor de la Escuela de industrias artísticas del Museo Austriaco, de Viena.

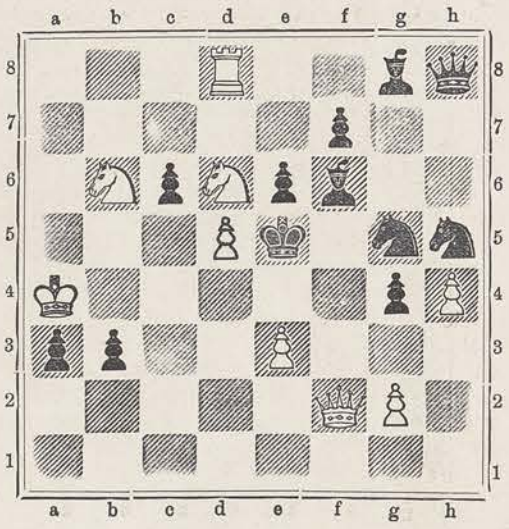
Federico Fuentes,
notable actor catalán fallecido en Barcelona el día 6 de los corrientes. (De fotografía de Napoleón.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 490, POR V. MARÍN

3.er premio del concurso de «Tidskrift för Skak» 1901

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 489, POR V. MARÍN

Blancas	Negras.
1. D h 6 – h 7	1. R d 5 × c 6
2. D h 7 – b 7 jaque	2. R c 6 – c 5
3. b 2 – b 4 mate.	

VARIANTES

1..... D e 1 × e 2; 2. C f 5 – e 7 jaq., etc.
A g 8 × h 7; 2. C f 5 – e 7 jaq., etc.
R d 5 – e 4; 2. C f 5 – d 6 jaq., etc.
D e 1 – d 2; 2. D h 7 – h 1 jaq., etc.
C e 8 – d 6; 2. T c 6 × d 6 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. C f 5 – e 7 jaq., etc.

LE BOUQUET DE LA MARIEE Nouveau Parfum DE VIOLET

—¡Alegre, Alegre!, exclamó la niña azorada abrazándose á su amigo

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA

ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

—¿Qué haces?

—Vamos á volver.

—No, Alegre, ¡si está tan linda la mar!

—Pero no me gusta...

—¿No te gusta?

—No me gusta contigo.

—¿Tienes miedo?

—¡Yo no! Nunca tengo miedo.

—¡Es claro! ¡Qué has de tener miedo tú, un grumete! Vamos á la mar, ¿quieres?

—¡Margarita!

—Vamos, Alegre; nunca hemos ido en la *Gaviota*.

—Es muy pequeña.

—Pero tú eres muy hábil. ¿No eres grumete?

¡Pobre grumete! Sentía un malestar indefinible, como si la garra de un presentimiento le estrujara el corazón.

La insistencia de la niña lo turbaba. ¿Cómo negarse á satisfacer tan ardiente capricho? No se atrevía á mirarla para no ser derrotado; buscaba algo que lo salvara de aquel conflicto; no quería ir á la mar, no; ¡Dios santo, si los pillara una tormenta! Volvió y revolvió su magín para inventar un pretexto; nada se le ocurría. Miró hacia Cruz Chica como buscando en ella una ayuda, pero era la hora de la siesta y todas las puertas estaban cerradas; en el fondeadero no había más que una embarcación: las demás habían salido en viaje á Necochea con padre Ludovico.

El muchacho se hallaba desamparado; con la caña del timón en la mano vacilaba entre virar en redondo ó hacer rumbo á la mar, cuyos primeros pliegues lamían ya la proa de su bote.

Miró á su amiguita; ésta comprendió que el grumete vacilaba, é hizo un último esfuerzo.

—Alegre, vamos á la mar, no tengas miedo; ¡está tan linda!

Y la niña lo embriagaba con sus miradas fascinadoras y con su voz suplicante. «¡Vamos á la mar!»

Alegre miró el cielo: estaba azul, profundamente azul; sólo allá á lo lejos, hacia el Sur, casi en el horizonte, se pintaban algunas nubecillas cobrizas; mal cariz hubieran tenido para un marino viejo, pero el muchacho no vió nada malo en ellas; miró la mar, estaba linda, en verdad; miró la playa, estaba solitaria, nadie podía verlos; volvió á mirar á su amiguita y volvió á escuchar su voz:

—Sí, vamos á la mar, no tengas miedo, Alegre; por un ratito, nada más que por un ratito.

Alegre se sintió fascinado, subyugado: soltó la caña del timón, amarró la escota que le quemaba la mano con los tirones de la vela impaciente, y se largó mar adentro, orzando un poco para no apartarse demasiado de la costa.

En ese momento, aletearon en su memoria las palabras del tío Jorge: «En el río puedes andar todo lo que quieras, el río es franco, es noble; la mar es mala, la mar nos odia; la *Gaviota* es muy pequeña y tú eres muy niño.»

Un rumor lejano y estridente, como si viniera de las profundidades del mar, lo arrancó de sus pensamientos.

—¡Ay!, dijo para sí. ¡La mar se ríe!..

Y sintió frío en el alma.

En Cruz Chica llamaban la *carcajada de la mar* al rumor de la resaca que la brisa á ratos hacía más intenso.

Si en el instante en que soltaba el timón, el grumete hubiera vuelto los ojos á la playa, habría visto dos muchachos que desde el muelle espiaban á la *Gaviota*.

—Se van, Cisco, dijo uno de ellos; los acusaremos para que les den una tunda.

—Calla, Toño; deja que se los trague la mar; así aprenderán á no ser orgullosos.

—¡Tienes razón! ¡Que se los trague la mar!

XXVI

EL PEÑÓN DE LAS GAVIOTAS

Alegre, sentado en el timón, apenas contestaba con medias palabras las regocijadas exclamaciones de su amiguita y las preguntas con que lo acosaba.

—Dime, Alegre, ¿podríamos llegar á tu patria en la *Gaviota?*

—Está muy lejos.

—Pero ¿no llegaríamos alguna vez? Mira qué ligera es, cómo deja atrás la costa.

Él no contestó; miró la playa, que huía en dirección opuesta al rumbo que llevaban.

Poco á poco la alegría de la chiquilla contagió al grumete.

Ya que el bote corría tan bien sobre las rizadas olas, mejor era dejarlo correr; así en pocos minutos se apartarían de la costa lo suficiente para que cuando quisiera volver, su amiguita no protestara.

Y el bote libre, volaba sobre las olitas que mullía la brisa, en línea oblicua á la costa, que pronto quedó á una milla.

Alegre pudo calcular la distancia gracias al Peñón de las gaviotas, que erguía sus inhospitalarias crestas hacia el Noreste.

El árido Peñón le serviría á la vuelta para tomar rumbo.

Y el bote corría como un caballo desbocado.

De improviso, el muchacho advirtió por la tensión de la escota y el bullir del agua alrededor de la embarcación, que la brisa refrescaba sensiblemente.

—Vamos á volver, Margarita, dijo á la niña que palmoteaba de alegría; había encontrado en el fondo del bote una galleta y se entretenía en tirársela pedacito á pedacito á las aves marinas, que ávidamente los recogían casi en el aire.

—¿Volver?, ¡no! Si es muy temprano.

—Hemos andado ya más de media hora.

—¿Y te parece mucho?

—No, pero la brisa refresca y no quiero que nos pille en el mar una ventolina; difícil nos será ya ceñir al viento para volver; felizmente quedamos muy al Sur.

Y al decir esto, el joven capitán viró en redondo; pero, con gran sorpresa suya, la embarcación apenas modificó su rumbo un cuarto de círculo y acostóse bruscamente á babor.

La chiquilla perdió el equilibrio, y apenas tuvo tiempo de agarrarse á la borda para no caer.

—¡Alegre, Alegre!, ¿nos hundimos?, exclamó presa del espanto.

—¿No ves?, contestó Alegre sacudiendo tristemente la cabeza y moviendo el timón para enderezar el bote; ahora nos costará más y llegaremos tarde.

¡Ay, Dios! ¡Si llegaban!

Entonces se le ocurrió al grumete volver el rostro para examinar el cariz que traía el Sur.

Las pequeñas nubecillas cobrizas de una hora antes se habían transformado en nubarrones plomizos, que como dos conos truncados unidos por sus vértices, avanzaban á la conquista del Norte.

La brisa que arrastraba el bote era Noreste, y la que impulsaba á las nubes Sudeste. La débil embarcación se iba á encontrar, pues, en la intersección de dos corrientes de aire, en el eje de un ciclón.

No había duda. Sentíase ya ese rumor característico que precede á cierta clase de tormentas, ese redoble de tambores que llaman á formar filas á los vientos. Sentíase ya la diana de la muerte y el sordo galopar de un escuadrón de fantásticos nubarrones.

Era el huracán que llegaba con su cohorte de nubes tormentosas y sonoras. Ya hacia el Sur brillaban lívidos relámpagos, y de vez en cuando un rayo azotaba las grupas de los corceles rezagados.

Pronto los primeros golpes del viento Sudeste castigaron la vela.

—¡Dios mío!, exclamó Alegre, que con instinto de verdadero marino se había dado cuenta de su situación. ¡La racha!, ¡el Sur!, ¡la tempestad!

Aún no se oían los truenos.

La niña miró á su amigo con asombrados ojos. Terrible estaba el grumete, de pie, con la cabeza descubierta, los cabellos enmarañados, las manos crispadas sobre la caña del timón y los labios apretados fuerte, fuerte, como para ahogar en su pecho la amarga desesperación que se apoderaba de él.

—¡Alegre!, exclamó la chicuela espantada. ¿Qué tienes, Alegre?

—¡La racha!, ¡el Sur!, murmuró el muchacho desgarrando las palabras con los dientes.

La niña no comprendió; miró de nuevo al grumete, siniestro y hosco; miró al cielo que se arrebozaba en un manto plomizo; miró al mar..., el mar era aún hermoso, el mar se reía, haciendo ¡clap, clap! contra las bandas de la *Gaviota*.

La niña se puso á imitarlo.

«¡Clap, clap!,» hacía el mar, y ella contestaba con su dulce voz: «¡Clap, clap!.., ¡clap, clap!»

El ave siniestra del huracán aleteó en la vela, cogiendo por babor á la *Gaviota* y arrojándola bruscamente de costado.

—¡El Sur!, gimió Alegre, y cerró los ojos para no ver.

Las dos corrientes de aire que el colosal sifón del Atlántico había dado cita en su seno, se encontraron formando un espantoso remolino.

Un segundo después, la *Gaviota*, como un corcel que siente á la vez el sofrenón de la brida y el aguijón de la espuela, gimiendo de dolor, dió un salto, y tomando la resultante de las dos fuerzas que la abofeteaban, escapóse hacia el Este como la piedra de una honda. El palo crujió; oyóse un desgarramiento,

y la vela del bote se arrancó dolorosamente de sus relingas, y dejando un jirón de lona en el desmantelado mástil, echó á volar como un inmenso pájaro blanco.

—¡Alegre, Alegre!, exclamó la niña azorada abrazándose á su amigo.

—¡Margarita!, respondió el muchacho estrechándola contra su pecho. ¡Dios nos ayude!

El cielo en un instante se cubrió de nubes que cruzaban á la desbandada unas, en revuelto apiñamiento otras. Rugió el trueno, crepitó el rayo, y el mar hirviente encrespó su melena y empezó á arrojar al cielo, como un reto, sus olas verdosas envueltas en desgarradas cenefas de espumas.

La desmantelada *Gaviota*, arrastrada por una fuerza irresistible, ya se encaramaba sobre las inquietas espaldas de aquellas moles de agua, ya se resbalaba por sus móviles flancos hasta sus siniestras gargantas, pero huía siempre hacia el Este. A veces, cansada de la carrera, se detenía sobre la gibosa espalda de una ola, y allí giraba como una peonza hasta que volvía á emprender la fuga.

Alegre, presa de infinita angustia, se aferraba con todas sus fuerzas á la caña del timón, sosteniendo á la chiquilla enloquecida de terror, para que no se la arrebataran las olas, aquellas olas crueles que les escupían al rostro sus salobres espumas.

—¡Dios nos ayude!, murmuraba al oído de la niña. ¡Agárrate, Margarita!

Y Margarita, tiritando de miedo, se abrazaba frenéticamente al cuello del muchacho.

¡Qué sucesión de terribles pensamientos cruzaban por la mente del grumete! ¡Cómo se agitaban las olas de su alma, amargadas mil veces más que las olas de la mar por la desesperación que le oprimía! Ya no cerraba los ojos; ahora quería *ver*, y hundía con fruición sus miradas en la escena en que era actor, para huir de la vista de aquel océano interior, mucho más pavoroso que el que amenazaba tragar su barquilla.

Y sin embargo, su desbocada imaginación lo enloquecía.

No sufría por él, sufría por su dulce Margarita, cuyas manos crispadas sentía alrededor de su cuello y cuya mejilla yerta refrescaba el ardor de su rostro calenturiento.

Hubiera comprado con la vida las fuerzas del tío Jorge para arrancar á las olas su *Gaviota* y acercarla á la playa, donde pudiera dejar en salvo su tesoro. Después..., después se habría tirado al mar. ¡Se salvaba ella, y eso le bastaba!

Combatido por la naturaleza, abandonado de los hombres, miró al cielo. El cielo estaba ciego, sordo y mudo: sus ojos tenían una venda de plomo; sus oídos se ensordecían con el fragor de la tormenta; su voz se apagaba entre las descargas cerradas de los truenos.

Por un instante callaron los truenos, enmudeció el huracán, y el cielo pudo *ver*. Una nube se había desgarrado; á través de la herida se filtraba un rayo de sol como una promesa celestial.

—¡Margarita!, gritó Alegre lleno de esperanza al verlo. Margarita, Dios nos ayudará; ¡recemos!

La dulce niña abrió los ojos.

Alegre miró su carita angelical, y al verla tan linda, creyó que las olas respetarían su inocencia y su hermosura.

¡Pobre niño! El mar no entendía de eso; el mar no sabía amar, sólo podía odiar; el mar ante la debilidad de sus víctimas doblaba su furia.

Alegre se irguió como si le hubieran dado un latigazo en pleno rostro; insultó al mar y escupió á las olas.

Volvió los ojos á la playa. ¡Ay! ¡Qué lejos estaba! Apenas se veían sus contornos, y desde allí no alcanzarían á ver la fugitiva *Gaviota*.

—Sí, recemos, Alegre, murmuró.

Y el ojo de Dios espió por la desgarradura de la nube un cuadro encantador.

Los dos niños, arrodillados en el anegado fondo de la barquilla, fijos en el cielo sus inocentes ojos, oraban con esa fe ardiente que transporta las montañas.

Su oración candorosa y sencilla era de esas que hallarían siempre eco favorable en el cielo, á no ser por los inescrutables designios de la Providencia.

Alegre se sintió más fuerte con la plegaria; Margarita más consolada.

La escena de la mar embravecida era siempre terrible, pero su faz había cambiado. El Sur venció al Norte; y las olas, siervas de un solo señor, corrieron en una dirección sola, enormes, turbias y amenazadoras.

La *Gaviota*, que había estado cien veces á punto de zozobrar, azotada por dos vientos, huía ahora hacia el Norte en alas del huracán, sin velas y medio anegada, mostrando su mástil desnudo, en cuyo extremo flameaba un jirón de lona, como una bandera á media asta.

Alegre, vuelto á la posesión de sí mismo, empuñando con todas sus fuerzas el gobernalle, pretendía dirigir la embarcación entre aquel resalsero de olas. Pero la *Gaviota* había embarcado mucha agua y no obedecía al timón.

La *Gaviota* se hundía sin remedio; el Destino había marcado con una cruz negra aquel día en el libro de su vida. Alegre lo comprendió.

—¡Hágase la voluntad de Dios!, dijo.

Y esperó la muerte resignado, tranquilo, sonriente casi.

Pero cuando sus miradas se posaron en el dulce rostro de su amiguita, á quien nuevamente invadía el terror conjurado un momento, una pena inmensa le apuñaló el corazón y sus ojos se llenaron de lágrimas. No era que llorara, no; el capitán Alegre no lloraba sobre el puente de su barco anegado, pero no era dueño de cerrar el paso á aquellas gotas del mar desbordado de su angustia.

No pudo contenerse, y abrazó con toda su alma á la niña.

Ella lo miró. ¿Lloraba Alegre? ¿Era posible?

—¡Alegre!, exclamó llorando ella también, nos hundimos, ¿verdad?

El pobre muchacho no tuvo fuerzas para mentir.

—¡Sí, nos hundimos!

La chiquilla se estrechó más á él, y pegando su boquita al oído del grumete, murmuró:

—Por culpa mía, Alegre, por culpa mía nos hundimos.

—No, Margarita; ¡por culpa de la mar que nos odia! La mar es mala, muy mala.

—Muy mala, repitió ella.

Un rato permanecieron mudos. Después ella preguntó:

—¿Y mamá?

—¿Tu mamá? ¡Pobre Margarita!

—¿Ya no la veré más?

Alegre respondió con un grito.

—¡Tierra, tierra!, exclamó clavando los ojos en un punto obscuro que se alzaba sobre el mar.

Era el Peñón de las gaviotas, que mostraba sus negruzcas crestas ceñidas por una blonda de espumas, á menos de doscientos metros de allí.

No lo había visto antes, y al verlo ahora tan cercano, creyóse en salvo.

¡Triste salvación la que le ofrecía un hirsuto peñascal donde las olas se rompían con redoblada furia y adonde su barquilla se haría pedazos!

Pero el grumete no pensó en eso. Sólo vió que la *Gaviota*, siguiendo la dirección que llevaba, no abordaría el islote, y pasaría á pocas brazas de él, las bastantes para que se les escapara aquel inesperado refugio.

—¡Margarita!, gritó á la niña, si quieres volver á abrazar á tu mamá, toma la barra del timón.

La chicuela obedeció, y con todas sus fuerzas, ¡míseras fuerzas las suyas!, se abrazó al gobernalle.

Alegre empuñó los remos.

—¡Proa al Peñón! ¡Firme!, gritó.

Y con todas las fuerzas que su desesperación le daba, hundió las palas en el agua y comenzó á remar frenéticamente en dirección al islote.

El rumbo de la embarcación se modificó sensiblemente, y su proa, enfilando el Peñón, dirigióse recta hacia él.

Pero no bien hubo entrado en la zona peligrosa, donde la mar se rompía con fragorosa rabia, cubriendo de crespas espumas los negruzcos peñascos, una ola irresistible lo embistió por la proa.

Alegre apenas tuvo tiempo de soltar los remos y abrazarse á su amiguita para morir juntos.

Sintió que una montaña de agua caía sobre él; que las maderas del bote crujían haciéndose astillas y que él se hundía en un abismo sin fondo.

Estrechó á la niña contra su pecho prodigándole una última caricia; sintió que perdía las fuerzas, que se asfixiaba, que se moría, y después..., después no sintió nada.

XXVII

EL MAR CONTRA EL TÍO JORGE

Serían las cuatro de la tarde, cuando el estampido de un trueno sacó á la impasible miss Fulton del más profundo de los sueños.

Su jaqueca, más imaginaria que real, había desaparecido; pero el negro humor de todo el que ha perdido su tiempo en el sopor de una larga siesta, prometía tener, durante lo que restaba de la tarde, agriado como un limón el ánimo de la inglesa.

Levantóse restregándose los ojos; vistióse en regla, con toda la flema de que en abundancia le había provisto su naturaleza británica, y cuando estuvo presentable echó mano al picaporte para salir. La detuvo la vista de unos objetos que regularmente nada tenían que hacer en su cuarto: sobre una silla estaban los lindos zapatos de Margarita.

—¡Oh!, exclamó la Miss, recogiéndolos. Aún dormirá la muy remolona.

Tabique de por medio con la suya estaba la habitación de la niña. La inglesa entró, pero con gran sorpresa suya no vió ni viva ni muerta á su discípula.

—Sin embargo, tiene que estar, se dijo. Descalza no puede haber salido; otros zapatos no se habrá puesto ciertamente: el ropero está con llave.

Buscó, rebuscó, volvió lo de arriba para abajo, y lo de abajo para arriba, y nada...

—¡Oh, Dios Santo!, exclamó profundamente escandalizada cuando se convenció de que el pájaro había volado. ¡Descalza la señorita Alvarado! ¡Sólo en este país! ¡Clara! ¡Clara!, gritó llamando agriamente á la mucama, ¿ha visto usted á la señorita?

Clara no había visto á la señorita.

—Llame usted á Susana.

Susana tampoco había visto á la señorita.

—Pregunte á Pedro, al jardinero, al cochero, á todo el mundo por la señorita.

Todo el mundo, el cochero, el jardinero y Pedro desfilaron ante miss Fulton: nadie había visto á la chiquilla.

Algo inquieta ya, dió orden de buscarla por el parque.

Nada; ni las huellas de sus ligeros piececitos habían quedado marcadas en la arena de las avenidas.

La tormenta estaba en lo mejor. Rugía el trueno seco desgarrando los espacios, como la tos desgarra el pecho de un enfermo; bramaba el viento y las olas se quebraban en la playa con sordo fragor.

Aún no llovía.

La inquietud de miss Fulton aumentaba á cada trueno. Era necesario buscar á la niña; con tan cruda tormenta no podía andar ella afuera.

Corrió media hora, corrió una hora entera; toda la servidumbre del *chalet* se dispersó por las avenidas del parque, por los jardines, por la quinta. Nada, ni rastros.

El asombro y la inquietud de la inglesa llegaron á su colmo. Todo lo más terrible ocurríasele; pensaba que se había caído en el río ó en el mar y que las olas se la habrían llevado; recordaba los raptos de niños por los cómicos ambulantes; se imaginaba á la india Chulpa mascando con fruición los delicados huesecitos de la chicuela; todo era posible en aquel país; no había más que elegir lo peor.

. . . . . .

Esa siesta uno de los primeros en despertarse en Cruz Chica fué el tío Jorge.

Adormilado aún, paróse en el umbral de su casa, sacó su ahumada pipa, atascóla de tabaco negro, dióle fuego y aspiró una humeada capaz de hinchar ella sola un globo. Aquello le acabó de despertar.

Con su cronométrico paso, balanceándose como una balandra en mar picado, acercóse al muelle y respiró con delicia las ásperas emanaciones del mar.

—¡Tromba!, gruñó fijando sus ojuelos vivaces en el nublado horizonte. Mal cariz trae aquello, ó yo no soy el tío Jorge, ó antes de media hora la mar se espulga; y ¡guay! de los barcos que naveguen cerca de la costa.

El estampido de un trueno dejóse oir desde el lejano teatro de la tormenta, y la primera racha del Sur plegó el ala del sombrero del viejo pescador.

—¡Ya está el Sur á la greña con el Norte! ¡Guay de los barcos de la costa, tromba!

El tío Jorge era el ave de las tormentas. Cuando el cielo se encapotaba, bramaba el huracán, rugía el trueno y el mar encrespaba sus turbias olas; cuando los elementos armaban zafarrancho de combate, ya el viejo marino estaba en el pico de la barranca, donde sólo alcanzaban las espumas que escupía el mar, riéndose de su rabia y de su impotencia para tragarse las arenas de la playa.

Aquella tarde no faltó. Odiaba al mar y quería hacerle muecas.

Una hora estuvo al borde de la barranca, mirando á la playa, nada más que á la playa azotada por las rabiosas olas.

¿Por qué no miró más allá, mar adentro? ¡Quizás sus agudas miradas hubieran divisado á la mísera *Gaviota* cabalgando sobre la odiada mar! ¿Por qué no comprendió que la mar se reía de él cuando él se reía de ella?

—¿A que no me juegas una mala pasada?, decía el tío Jorge á la mar.

¡Y la mar se reía! ¿A qué te la juego, viejo lobo?

—¡Tío Jorge!, ¡tío Jorge!, gritó una voz de la otra

banda del riacho, pásame el río, ¿quiere?; es de apuro.

Era el hijo del jardinero del *chalet*.

El tío Jorge tenía dos embarcaciones, una grande y otra pequeña. Precisamente *La Pequeña* llamaba al bote con que fué á pasar al hijo del jardinero.

—¿Qué buen viento te trae por estos lados? Vosotros los de tierra adentro, sólo cuando os sopla fuerte os arrimáis al pueblo.

—Nada de buenos vientos, tío Jorge; malos, muy malos son los que me traen.

—¿Malos? ¿Pues qué hay de nuevo?, ¡tromba!

—Que se nos ha perdido la chica.

—¿Qué chica?

—La señorita.

—¿La hija del señor Alvarado?

—¡Sí! Hace más de una hora que todos en la quinta andamos revolviendo el mundo y no aparece.

—Pues en alguna parte debe de estar.

—Sólo nos faltan las arenas de la mar por revolver.

—Malo, ¡tromba!, remalo; el tiempo no está para paseítos; y si la chicuela se halla en descampado, ¡guay de la pobrecita!

—Es lo que tememos, que se haya perdido en el monte, si es que no está en el pueblo.

—En el monte puede, pero aquí no; ¿cómo iba á pasar el río la chiquilla?, ¡tromba!

—Pero ¡quién sabe!

—Sólo que á nado, muchacho...

No importa; aunque no esté aquí, los chicos de la playa pueden haberla visto, y á preguntárselo vengo.

—Eso es otra cosa.

La Pequeña había atracado ya; el del *chalet* saltó á tierra.

—Gracias, tío Jorge.

—Que Dios te ayude, hijo.

El mocetón fuese por un lado, y el viejo marino, después de haber amarrado el bote á popa de la *Bella Italia*, volvió al pico de la barranca.

Espiando el mar y alejado del mundo, el rencoroso viejo permaneció largo rato inmóvil como un peñasco.

Una voz lo sacó de su éxtasis.

—¡Eh, tío Jorge!

—¿Qué?, preguntó volviendo el rostro: era el hijo del jardinero. ¿Conseguiste algo?

—Nada, nada.

—¿Preguntaste á los muchachos?

—Sí, á todos, uno por uno. Nadie la ha visto.

—¡Tromba! Eso está malo; mira qué tarde tenemos; y la noche será peor; ¡y la pobrecilla fuera!

—¡Y qué hacer!

—Pues revolver cielo y tierra y mar si acaso, y que Dios os ayude.

—¿Y usted, tío Jorge?

—¿Yo? Pues yo os ayudaré en lo que gustéis.

—Bueno, gracias. ¿Quiere pasarme el río otra vez?

Cuando el tío Jorge, después de pasarlo, volvió al pueblo apurando humeada tras humeada su pipa, oyó que madre Marta lo llamaba.

—Oiga, tío Jorge, ¿no ha visto á Alegre?

—¿A Alegre?

—Sí, al muchacho.

—Qué, ¿no está aquí?

—No, ha pasado la hora de la merienda, y nunca falta.

El tío Jorge frunció el entrecejo sin responder palabra. ¡Si se habría perdido también el negrillo, su capitán, como él lo llamaba!

—¿Y no malicias, Marta, dónde pueda estar?

—Absolutamente; todas las tardes sale en la *Gaviota*, pero nunca falta á esta hora.

—¡Malo!, gruñó el tío Jorge, revolviendo ideas en su cerebro. ¿Sabes que se ha perdido también la chiquilla Alvarado?

—¿Margarita?

—Sí, Margarita; hace dos horas que la buscan, y ni rastros de ella, ni en el monte, ni en el parque, ni en la quinta, ni en la playa, y ¡qué noche la aguarda, tromba!

—¡Ay! ¡Qué dice usted, tío Jorge! ¡Los dos niños andan juntos!

—¿Sí?

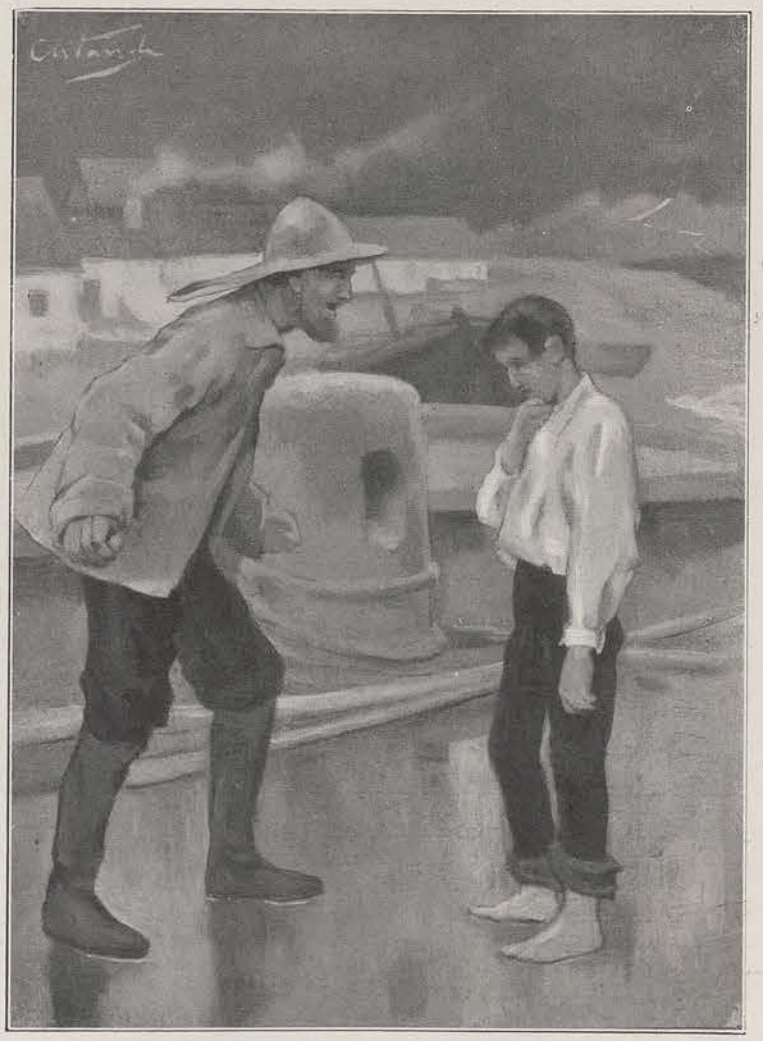
—Y en la *Gaviota*.

—¿Pero estás cierta?, insistió el viejo pescador guardando la pipa como si tuviera algo más grave en qué pensar.

—Segura, segurísima, tío Jorge; los chicos se quieren, y todas las tardes, á la siesta, se embarcan en la *Gaviota* y se marchan río arriba; más de una vez los he espiado.

—Si están juntos, tanto mejor, Marta; pero por algo no vuelven. Alegre no es lerdo, y bien habrá visto que la tormenta arrecia. Digo, digo, ¡tromba!, que algo les pasa; habrá que irlos á buscar.

—Ludovico no está.



—Tú, miserable, tú sabes donde está Alegre. ¡Suelta esa lengua, tromba!

—Pero estoy yo; yo, que quiero al muchacho como si fuera hijo mío, ¡tromba!

—Pues entonces, pronto, tío Jorge; el tiempo está muy malo; corra á buscarlos. ¡Pobrecitos!

—Ya estoy corriendo.

—¡Que Dios lo ayude!

El tío Jorge dejó su paso habitual, y corriendo se fué hacia el muelle, haciendo crujir la arena bajo la presión de sus pesadas botas.

Pero casi al llegar moderó el paso y se acercó con cautela; dos muchachos estaban conversando, vueltos de espaldas hacia el pueblo, y él había tomado al vuelo el nombre del negrillo.

—¿Se ahogarán, Cisco?

—Sí, se los tragará la mar.

—Contemos entonces.

—No, porque nos castigarán; Toño, cállate.

El tío Jorge no quiso oir más. Dió un salto, y atenaceando con sus dedos de hierro los pescuezos de los dos muchachos, los levantó en vilo y rugiendo: «¡Tromba con los miserables!,» metió á Toño en la bodega de la *Bella Italia* y se quedó con Cisco en el puente para interrogarlo.

Era una medida de alta policía: había incomunicado á los delincuentes.

Cuando los dos muchachos desde el muelle vieron á la *Gaviota* abandonar la playa con Alegre y la niña á bordo, formularon con ferviente anhelo: «¡Que se los trague la mar!» Pero cuando arreció el viento y comenzaron á hincharse las olas y á rugir la tempestad, su maldad se trocó en arrepentimiento y en terror. Lo hubieran descubierto todo, pero los míseros tenían miedo del castigo, sobre todo Cisco, más culpable y más malo. El tío Jorge lo había cogido de las orejas y lo zamarreaba rudamente.

—Tú, miserable, tú sabes dónde está Alegre. ¡Suelta esa lengua, tromba!

—Yo no sé nada, dijo el muchacho sordamente; yo no los he visto.

—¡Ah! ¿Conque no los has visto? ¿Conque sabes que andan juntos? Mira cómo te descubres, ¿eh?

Cisco palideció.

—¡Tromba!, prosiguió el tío Jorge soltándole las orejas para agarrarle los brazos y hacérselos crujir como en un torno. Tú los has visto, miserable; tú has visto á los dos niños largarse á la mar en la *Gaviota*, y te has callado para que la mar se los trague, porque tienes envidia á Alegre. ¡Tromba con el bribón!

Cisco, con los ojos cerrados y la faz descompuesta, aguantaba el dolor; era inútil, no le sacarían una palabra del cuerpo.

El tío Jorge lo encerró en la bodega y sacó de ella al asustado Toño.

Aquí varió de táctica.

—Vamos, pequeño, dijo dulcificando cuanto pudo la voz, no te asustes, que no pienso comerte. Dime, ¿conoces á Alegre? ¡Qué buen muchacho, ¿no es cierto?

Toño asintió con la cabeza.

—Bueno, bueno; si estuvieras tú en peligro, él te salvaría; y si él estuviera en peligro, ¿no harías algo tú por salvarle?

—¡Oh, sí, lo que pudiera!, exclamó el muchacho.

—¡Bravo, así me gusta! ¡Eres valiente, tromba! Ahora hablemos claro. Tú has visto á Alegre, has visto que se hacía á la mar en la *Gaviota*; iba con él la niña del Sr. Alvarado; vamos, ¿has visto lo que te digo?

El muchacho afirmó con la cabeza.

—Bueno, bueno; ahora mira la mar, ¡qué brava está! Mira esas olas verdosas y turbias que parecen montañas de agua; mira cómo hinchan el lomo ceñido de espumas blancas, blancas como montones de lana; mira cómo avanzan en línea, cómo vienen á romperse en la playa; escucha el fragor de la resaca. Ahora mira al cielo; mira ese escuadrón de nubes negras que el viento lleva á la desbandada; la lluvia no tardará cinco minutos en caer; mira los relámpagos, escucha el trueno... ¿Lo ves?, ¿lo ves todo? Bien; entre ese cielo airado y esa mar rabiosa está Alegre, el pobre Alegre en su *Gaviota*. ¿Sabes lo que es la *Gaviota* sobre esas montañas de agua? Una cáscara de nuez; menos aún, una paja. Ya ves que la mar se lo tragará. Dime, ¿querrías hacer algo por salvarlo?

—¡Oh, sí!, exclamó el muchacho, mirando con espantados ojos el pavoroso espectáculo que el tío Jorge le mostraba.

—¿Tú los viste salir?

—Sí, en la *Gaviota*.

—¿Qué rumbo tomaron?

—Marcharon hacia el Sur.

—¿Y después, cuando empezó la tormenta, los viste?

—Sí; la primera racha del Sur les arrancó la vela; pero por un retazo de lona que quedó en el palo, pudimos ver qué era de la *Gaviota*.

—¿Ah, pudisteis?; ¿es decir, Cisco y tú? Bueno, di, ¿qué fué del bote?

—Yo no sé de cierto.

—No mientas, dímelo todo; quizás sea tiempo aún de salvarlos.

—¡Ojalá!

—Dios te oiga. ¿Marcharon hacia el Sur?

—Hacia el Sur, no, tío Jorge; hacia el Norte.

—¡Hacia el Norte!

—Sí; y creo que han ido á encallar en el Peñón.

El tío Jorge dió un rugido.

—¡En el Peñón de las gaviotas! ¡Pobres niños! Apenas quedarán en las olas las astillas de su bote; lo que es de ellos... Dios sabrá.

Y el honrado marino, hundiendo la cabeza entre las manos, quedóse largo rato silencioso, presa de cruel angustia.

Toño lloraba.

Después, el viejo lobo se levantó, y exclamó golpeándose el pecho:

—Al menos querrá Dios que pueda robar sus cuerpos á las olas.

Una débil esperanza, quizás, anidaba aún en el corazón del marino.

—Tú, muchacho, dijo á Toño, dirás al que pregunte por mí que he ido á buscar á los chicos; nada más, ¿eh?

Soltó á Cisco, que lo miró estúpidamente, y fué á izar la vela de la *Bella Italia*, pero necesitaba un compañero para la maniobra.

(Se continuará.)

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII EN BARCELONA

Con motivo de la visita de S. M. á la escuadra austriaca, ofrecía el puerto un aspecto tan pintoresco como animado. Los vapores mercantes y los buques de guerra estaban empavesados con multitud de banderas; las innumerables embarcaciones menores, engalanadas también, formaban dos filas por entre las cuales debían pasar el monarca y su séquito; y en todos aquellos barcos, en los muelles, en el embarcadero, una muchedumbre inmensa esperaba el paso del rey. Y contribuían no poco á la animación los aplausos, los vivas, el ruido de las sirenas, las salvas que dispararon los buques de guerra y el castillo de Montjuich y los acordes de la marcha real con que fué saludada la presencia de D. Alfonso XIII.

Embarcóse éste en una lancha exploradora del crucero *Princesa de Asturias,* que iba escoltada por otras lanchas de vapor, y poco después llegaba al buque almirante austriaco, en donde fué recibido con los debidos honores. Don Alfonso, á quien acompañaban el Sr. Maura, el ministro de Marina, el alcalde, el gobernador, el capitán general, el conde del Serrallo y el duque de Sotomayor, revistó la tripulación del *Erzherzog Karl,* que se hallaba formada en la cubierta, y recorrió detenidamente las dependencias del acorazado, fijándose especialmente en las piezas de artillería, acerca de cuyo funcionamiento pidió algunas explicaciones, que el almirante se apresuró á darle.

S. M. el rey D. Alfonso XIII embarcándose en la Puerta de la Paz para ir á visitar la escuadra austriaca

Terminada la visita, S. M. y su séquito pasaron al comedor del buque, que estaba hermosamente adornado y en el que se sirvió un espléndido almuerzo, al que asistieron, además de los personajes citados, el embajador y el cónsul de Austria, el agregado militar de la embajada, el conde de Grave, el comandante del *Princesa de Asturias,* el doctor Alabern y la oficialidad de la escuadra austriaca. En el momento de los brindis, el almirante von Ziegler saludó al monarca, cuyas virtudes cívicas enalteció, y dijo que aquella fecha sería memorable para la escuadra austriaca. D. Alfonso, primero en francés y luego en alemán, contestó al brindis del almirante diciendo que se enorgullecía de llevar en sus venas sangre de los Habsburgos y ensalzando la memoria de uno de los más grandes príncipes de esa casa.

A las tres dejó S. M. el buque austriaco y visitó el *Princesa de Asturias,* regresando desde allí al embarcadero y dirigiéndose al cuartel de Atarazanas. Acompañado del general de artillería Sr. Sotomayor, y del coronel del cuarto regimiento

Regreso de S. M. el rey D. Alfonso XIII á la Puerta de la Paz después de su visita á la escuadra austriaca y al crucero español «Princesa de Asturias»

S. M. el rey D. Alfonso XIII dirigiéndose al cuartel de Atarazanas

mixto de ingenieros Sr. Baylo, recorrió el rey las cuadras, los dormitorios, las cocinas, el museo y demás dependencias del cuartel, desde donde pasó al Parque de Artillería.

Concluídas aquellas visitas, encaminóse el monarca á la estación de Francia, cuyos andenes estaban, desde mucho antes, atestados de comisiones, personajes oficiales y particulares.

El alcalde Sr. Sanllehy dió las gracias al soberano por el donativo de 5.000 pesetas que había hecho para los pobres de Barcelona y le manifestó que esta capital agradecía vivamente al soberano que hubiese designado nuestro puerto para visitar la escuadra austriaca y hubiese asistido al acto trascendentalísimo de inaugurar las obras de reforma de la ciudad. Además, hizo presente al monarca sus sentimientos de adhesión y respeto hacia las reinas D.ª María Cristina y D.ª Victoria Eugenia.

El rey agradeció esas frases del alcalde y se despidió de él ofreciéndole volver pronto á Barcelona.

Al partir el tren real, todos los presentes prorrumpieron en calurosos vivas y aclamaciones al monarca.—T.

(Fotografías de A. Merletti.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores.—Calle de Aragón, núms. 309-311. Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

Dentición
JARABE DELABARRE
JARABE SIN NARCÓTICO.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJANSE el SELLO de la "Union des Fabricants", y la FIRMA DELABARRE.
Establecimientos FUMOUZE, 78, Faubourg St-Denis, Paris, y las Farmacias del Globo.

MEDALLA CONMEMORATIVA DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA, MODELADA POR EL ESCULTOR CARLOS PALAO. PREMIADA EN EL CONCURSO CELEBRADO POR LA ACADEMIA DE SAN LUIS.

En el concurso celebrado por la Academia de Bellas Artes de San Luis, de Zaragoza, destinado á conmemorar los heroicos sitios que sufrió la capital aragonesa durante la guerra de la Independencia, ha sido premiado, entre los diez modelos presentados, el que reproducimos, obra de nuestro amigo el distinguido escultor Carlos Palao. Desconocemos los demás modelos y por lo tanto hemos de referirnos al que ha merecido la mayor distinción, que por esta sola circunstancia hemos de suponer es el que mayores méritos reune. En tal concepto, pues, entendemos que su autor ha interpretado el asunto que debía expresar, representando en el anverso el busto del heroico caudillo, el general Palafox, tal como lo pintó el insigne Goya; simbolizando los hechos que han inmortalizado su nombre, una rama de laurel, un cuchillo y un papel roto, para significar su enérgica contestación al intimarle el general francés la rendición de la plaza. En el reverso, represéntase á un guerrero edetano y á lo lejos la ciudad arruinada, de la que surge la nueva urbe, con sus fábricas é industrias, para demostrar que ha cobrado nueva vida, sobre cuyas edificaciones se destacan las cúpulas del templo del Pilar, patrona de la ciudad, que tantas veces invocaron los zaragozanos en aquella épica lucha, confundiendo en una sola aspiración la fe y la patria.

Medalla conmemorativa de los Sitios de Zaragoza, modelada por el escultor Carlos Palao
Premiada en el concurso celebrado por la Academia de San Luis

Bien merece un aplauso el escultor Carlos Palao por su obra, que, á la vez que una bella manifestación artística, recuerda una página gloriosa de la historia patria.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito,** y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas,** para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN